

INFANTIL



© Del texto: 2012, Farah Hallal

© De la ilustración: 2012, Lucy Makuc

© De esta edición:

2013, Santillana

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-786-0

Impreso en Perú

Primera edición: marzo de 2013

Primera reimpresión: octubre de 2014

Segunda reimpresión: junio de 2018

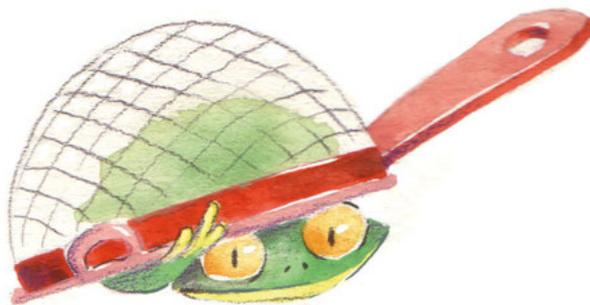
Tercera reimpresión: mayo de 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Sábado de ranas

Farah Hallal

Ilustraciones de Lucy Makuc



Premio Nacional de Literatura 2013

INFANTIL

A Itzel y Gael, mis dos tesoros.

Empezaré esta historia diciendo que hay *sábados* y *sábados*. Algunos despiertan mojados por la lluvia como cachorros acabados de salir del río. Otros sábados despiertan con el cielo limpio como si un aplicado barrendero hubiera barrido las nubes. Sí, he visto muchos, pero ningún sábado fue o será como éste que les contaré.

Contar un sábado no es cosa fácil porque no es como contar un lunes. Los lunes son facilitos porque no hay gran aventura: se va a la escuela, se hacen las tareas que nos deja la maestra y se cumplen los deberes de la casa.

Los días de escuela bajan como si fueran naranjas cayendo de un árbol. Los sábados, en cambio, florece lo inesperado: puede suceder cualquier cosa. Y este sábado de

ranas fue especialmente así. Ya ustedes sabrán por qué nunca antes las ranas y los sábados estuvieron más juntos ni se llevaron tan bien.

Avanzaré contando que ese sábado de ranas me desperté antes de lo acostumbrado. El cielo todavía no aclaraba y algunas estrellas temblaban como si le tuvieran miedo al amanecer. Quizá me desperté porque tenía la piel sudorosa y caliente; también estaba preocupado.

En verdad, no me molestaba mucho sentirme enfermo porque mi mamá sabía hacer unos jarabes que sanaban cualquier mal; además, cuando me enfermo ella me consiente mucho y mi papá viene a verme. Él trabaja en otro pueblo y ya no vive con nosotros.

Lo que me traía la cabeza loca era el tanto pensar en las ranas que escondí en el clóset la noche anterior. ¿Que por qué me preocupaban? Sencillo: ¡si mi mamá daba con ellas iba a ser mi fin! Por eso las oculté desde que la oí llegar a la casa.

Las mamás no deberían llegar antes del trabajo cuando un hijo no ha terminado de jugar con sus ranas. Hay que ver lo mucho que me costó llevarles una ponchera de agua al clóset sin que mami se diera cuenta. En esa tarea estaba cuando me empezaron los temblores.

Mi mamá siempre odió las ranas. Las odiaba como odiaba muchas otras alimañas que entraban a nuestra casa como si la casa no fuera nuestra. Elisa y yo nos permitíamos el lujo de jugar con las ranas cuando mami no estaba en casa.

Mami trabaja en una fábrica muy divertida. Mientras las costureras cosen pantalones escuchan música y cantan. Con lo que ella ahorra ha ido construyendo nuestra casa.

